

inteligente, tan noble y tan simpático como el perro. Recuerdo varias anécdotas que ilustran la historia de la raza canina, y voy á referiros una de ellas:

Cuéntase que un perro que estaba acostumbrado á ir con su dueño todos los domingos desde París á Charenton, por olvido ú otra causa, quedóse uno de los citados días encerrado en la casa. No le agradó, seguramente, verse privado de aquel dominical paseo; pero mostróse resignado, lo cual debió ser efecto de que imaginase no hubo intención en la encerrona que se le hacia sufrir.

También en el inmediato domingo ocurrióle igual percance. Entonces comprendió, sin duda, que antes y después se había impedido de propósito fuera en compañía de su amo. A fin de que no se le jugase otra vez esta mala pasada, tomó el inteligente animal sus precauciones, y ¿qué hizo? El sábado, pase entre paso, salió de París y tomó el camino de Charenton, en cuya ciudad, distante seis millas de la capital, encontróle su amo al siguiente día.

Fué, pues, necesario que el perro contase los días para conocer cuál era la víspera del domingo y ausentarse, evitando de este modo el encierro que le esperaba.

En este hecho se advierte la ilación del discurso y la precisión de contar, por lo menos, el número de siete, que son los días que tiene la semana, lo cual no hacían, según asevera Aristóteles, los habitantes de Tracia, que, contando, no pasaban del número de cuatro.

Se ha observado repetidas veces que los animales llevan cuenta de la sucesión del tiempo. Muchos perros, que vivían cerca de poblaciones en que se celebraba mercado en determinados días de la semana, nunca dejaban de acudir á ellos con el designio de echar el diente á cuantas golosinas á su alcance hallaban. Preciso es que dichos animales llevaran cuenta con los días de mercado; ésto supone que pensaban y discurrían, porque aquel hecho es hijo de la reflexión, no automático ni inconsciente.

Buffon quería mucho al perro, y después de haberle estudiado detenidamente, afirma que es más dócil, más tolerante que el hombre.

El perro ha tenido entre sus cantores al tierno poeta Casimiro Delavigne, á Lord Byron y á Lafontaine; entre sus biógrafos á Emilio Richeburg; entre sus pintores á Ticiano, Pablo Veronés y Tintoreto, y entre sus escultores á Cellini.

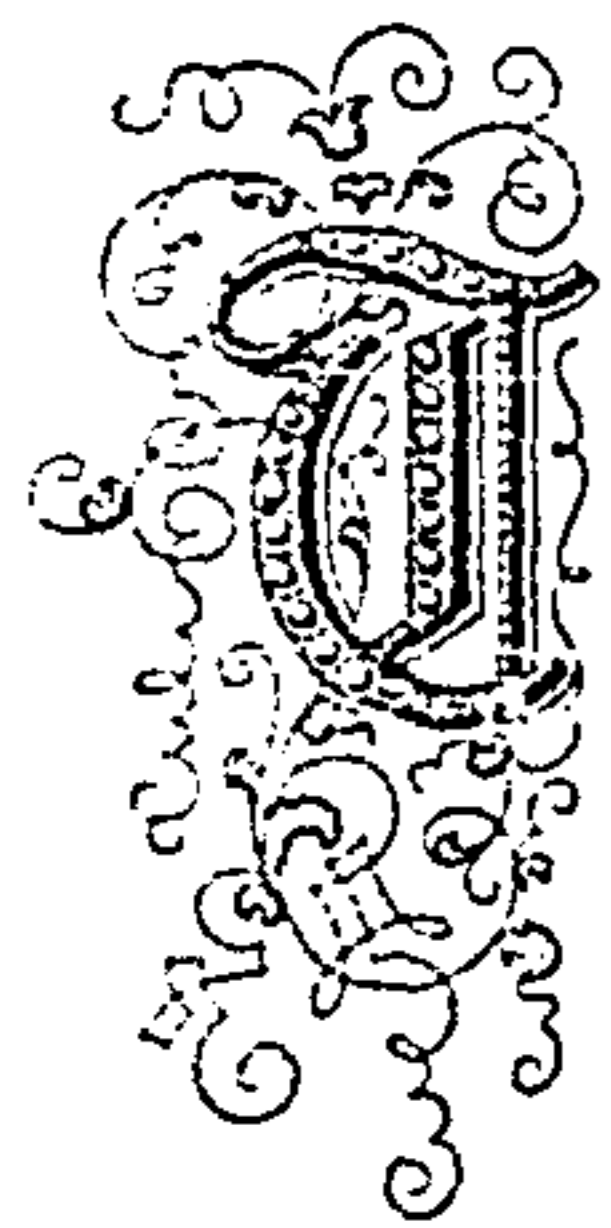
Alberto Durero ha inmortalizado al perro en su estampa de la Melancolía.

La más bella de mis lectoras podría contar la infidelidad de un hombre; pero en cambio la infidelidad de un perro no podrá referirla jamás.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

CARACTERES FISIOLÓGICOS Ó FACULTADES MORALES

QUE DISTINGUEN A LA MUJER.



UDAS las potencias de la organización nerviosa de la mujer, todos sus resortes y el juego de sus funciones, parecen hallarse de acuerdo para producir en ella su más preciosa y sobresaliente facultad, á la que pueden referirse casi sin distinción todas las demás facultades y cualidades de su espíritu y corazón. La exquisita sensibilidad de la mujer es la fuente verdadera de todos los sentimientos tiernos y afectuosos, en sus nobles esfuerzos de entusiasmo, y sus gustos por las cosas grandes y sublimes; éste es el más brillante atributo de la vida femenina; la más admirable propiedad, cuyos desenvolvimientos tan diversos y variados, son llamados con los nombres, también distintos, de impresiones, sensaciones, percepciones, ideas, sentimientos, pasiones y afecciones; y puede agregarse que tal es la plenitud y el exceso de esta facultad de sentir en ella, que caracteriza y forma el rasgo más sobresaliente de su naturaleza.

El prodigioso fondo de sensibilidad que se halla en la mujer, es tanto para ella como para nosotros origen fecundo de placeres delicados, y algunas veces también de penas amargas. El sentimiento las conduce á todo: nace, vive y muere con ellas, y produce en todas sus edades aquellas apreciables virtudes que las hacen querer y respetar, así como los particulares vicios que las echamos en cara, porque cuanto más sensible es el corazón, más susceptible es de emulación, despecho y venganza, cuando se considera ultrajado. La sensibilidad, aunque funesta para la desgraciada que por ella ha sido arrastrada hasta la embriaguez de los vicios, es el dón más precioso y sin el cual no experimentaríamos ni los encantos del genio y de la virtud, ni la felicidad suprema en

sus rápidos resplandores sobre la tierra. Sin esta sensibilidad íntima y profunda, nada sería de la imaginación, de los altos pensamientos, de las acciones heroicas, y nada del saber inmenso en el vasto universo. Sin los resplandores de la sensibilidad, el hombre mismo quedaría un sér estúpido que apenas se elevaría sobre el bruto, y se entregaría á placeres carnales que le enervarían y degradarían hasta el fango.

En general, la mujer tiene una sensibilidad más viva y más fácil de conmover; pero empleada sin descanso en las atenciones del mundo exterior ú objetos que la rodean, es poco susceptible de modificaciones profundas, de conmociones prolongadas que son las que producen el razonamiento, la reflexión y la meditación. Todos los órganos en la mujer, como hemos hecho notar ya, son extremadamente finos, á lo cual contribuye la pequeñez de su estatura y la debilidad de su organización entera. Más activa que poderosa para el movimiento, posee todas las propiedades vitales en su más alto y exquisito grado, pero con fuerzas físicas extremadamente limitadas, de manera que su existencia consta más de sensaciones que de movimientos corporales. La movilidad, la debilidad y la inconstancia del sexo, del que La Bruyère ha dicho que el capricho estaba muy cerca de la belleza para servir de contrapeso, tienden forzosamente á esta viva sensibilidad, que es debida á su misma debilidad orgánica.

La sensibilidad de la mujer es inseparable y propia de su sexo: la impresión viva que la hace un objeto amado ú odioso, un oír fuerte ó desagradable, un ruido inesperado, sus gustos, inclinaciones, la vehemencia pasajera de algunas de sus pasiones, y el papel, en fin, que desempeña en la historia de las locuras humanas, todo prueba en ella un organismo excitable en alto grado y á su modo.

Necesario es consignar, y que así se crea, que el mayor grado de sensibilidad no es una cualidad sin ventaja; al contrario, para aquellos que la poseen es origen de placeres desconocidos á los demás. El placer halla en ellos más fácil acceso, y á la vez sus sensaciones son más vivas. Además, esta preciosa cualidad lleva consigo más importantes consecuencias, porque es en la sociedad el germen de todas las virtudes. El hombre sensible conoce solamente la complacencia de la caridad, el bienestar con el bien que se practica, el valor de la amistad y de la confianza; él es quien sabe amar á sus semejantes, respetar las leyes, aborrecer la injusticia, y él es el que, al relato de una buena acción ó hecho generoso, se enternece hasta derramar lágrimas de placer.

La mujer nos ofrece modelos maravillosos de esta bienhechora debilidad, y de esta exquisita y deliciosa sensibilidad. La dulzura, la indulgencia y la sumisión son virtudes esenciales á su sexo. ¿Dónde hallar como en ella el tierno interés y los delicados cuidados que dulcifican los males presentes y hagan olvidar los pasados? La dulzura, la bondad, el amor á la compasión, la caridad, la ternura, la conciliación y todos los lazos sociales que, uniendo sus diferentes miembros, aprietan los nudos de la familia, formando la más dulce herencia de la maternidad, son cualidades innatas en la mujer. Por este conjunto poderoso de raras y brillantes cualidades, es innegable que la mujer es muy superior al hombre. ¿Cuánta razón tenía Rousseau al decir: "El imperio de la mujer es un imperio de dulzura, de ternura y complacencia; sus órdenes son caricias, sus amenazas lágrimas."

La mujer, como dice un escritor, es verdaderamente hija de Dios; y efectivamente, vista á la altura que mi ideal la pone y á que puede y debe llegar por sus condiciones, bien merece este título. Como el néctar entre los pétalos de la flor, su dulzura reside entre sus labios; su soplo es perfume que refresca el alma; su beso, corona para la inocencia y perdón para el arrepentido. ¡Oh, mujeres, bellos ángeles, así comprendidos! respetad vuestros labios y no los abrais para el engaño; no los profaneis con risas impuras ni los mancheis con el veneno de la calumnia. En tanto que seáis esclavas y sufráis en un mundo que no os haga justicia, que vuestros suspiros suban al cielo desde el borde de vuestros labios, sin mancha; y que vuestras palabras descendan á la tierra como rocío de amor, para ablandar el corazón de aquellos que os persiguen, y concluirán por comprender que han crucificado en vosotras dos veces á Dios, y cayendo de rodillas con lágrimas en los ojos, gritarán: ¡La mujer es verdaderamente hija de Dios!

DR. GONZÁLEZ ENCINAS.

(Continúa.)